De su muerte el recuerdo le es muy grato,
Y hacerse nuestra víctima incesante;
Aunque inmortal en el radiante Olimpo
Es el sumo y eterno Sacerdote.

CANTO XIX.

EL ESPOSO.

SE ACERCARON LOS DESPOSORIOS DEL CORDERO; Y SU ESPOSA YA SE ADEREZO

Apoc. 19, v. 14.

Hora entre las legiones inmortales
Yo ingerirme quisiera,
Y alzar mi canto no con voz humana;
Mas con aquellas notas celestiales
Con que la corte alada por doquiera
Sigue, entonando aquel sublime *hosanna*
De sus liras al son armonïoso,
Al Cordero sin mancha, al dulce Esposo.
Argumento sublime, indescriptible
Todo lo humano excede enormemente;
Y solo es accesible
A una divina mente.
Mas tú, Esposo divino, no por tanto
Con desprecio verás los pobres dones
Del rudo humano canto:
Pues las nobles angélicas legiones
Tú mismo á un lado hiciste
Y á nuestra estirpe mísera escogiste
Para estrechar con ella eterna alianza,
De amor eterno enlace, y bondadoso
La elevaste á tu tálamo grandioso.
Permite, pues, benigno

Que yo con labio indigno
A balbucear me atreva torpemente
Tema tan noble, y óyeme paciente.
Y si mi canto para tí importuno,
Y áspero fuere, será culpa tuya:
Pues sin medida, sin reparo alguno,
Tanto nos has amado;
Que del impulso de tu amor llevado,
Tales cosas hiciste,
Que ni la corte de tu gran palacio,
Que de seis alas rápidas se viste
Para surcar el infinito espacio;
Jamás podría este asunto, noble tanto
Con su vuelo igualar y con su canto.
¿Qué, pues, haré? lo que el amor me inspira;
Esto por tí al amor le será dable;
Y tú me escucharás, benigno, amable,
Como suenen los écos de mi lira:
O tú mismo señálame el camino,
Y abre mi mente á tu fulgor divino.
Enferma, triste, lánguida yacía
La progenie de Adán ya moribunda.
Su mismo Padre con su mano impía
Fué á despertar á la sañuda muerte,
Para hacerla más triste de esta suerte;
Y ella, herida profunda,
Grave, mortal causole,
Y en la más honda ruina sumergiole.
Fué aquella en el instante despojada
De aquel almo fulgor y lozanía
Con que fuera por Dios engalanada,
Y al mismo empíreo en resplandor vencía:
Toda débil sintiose y enervada;
Y una espesa calígine sombría,
Envolvió en negro nubarrón su frente;
Latió sin vida el corazón doliente.
Suena de rebelión un grito agudo
En su interior que se descompagina,
Y entra consigo en un conflicto rudo.
La dulce paz se ausenta;
Y la ansiedad, la angustia, los temores
Dentro suscitan tempestad violenta,
Y entregada al furor de Libitina;
Escuálida se arrastra y macilenta,
Y parecía que en ese triste estado

La muerte en ella habíase transformado.
Pero el Hijo del Padre Omnipotente,
Que es su misma Substancia, condolido
Desde su excelso trono refulgente
Del hombre en tal abismo sumerjido:
Dirígele mirada cariñosa;
Y lleno de ternura
A la humana natura
Escoge desde entonces por Esposa,
Y esa tan triste lamentable ruina
[Oh cuán grande trabajo,
Cuántos sudores al Esposo atrajo]
Reparar compasivo determina,
Ya la ya moribunda restituirle,
La vida, y constituirle
En su antigua grandeza; ricamente
Revestirla otra vez con sus fulgores,
Y estrecharla también con sus amores
Para hacerla su esposa eternamente.
Es fama que tan luego
La noble alada jerarquía esto supo;
Gran pasmo y maravilla
A toda entera cupo;
Y que los más doblaron la rodilla,
Y con gran reverencia tributaron
Pleito homenaje á la divina esposa;
Y por los vastos ámbitos sonaron
De la estrellada bóveda espaciosa
Mil aplausos de júbilo á porfía,
Que apena el cielo contener podía.
Mas que en contrarias partes divididos,
De rebelión alzaron la bandera
Otros sin cuento alados escuadrones,
Que de sí mismos vanamente henchidos,
Rehusaron arrogantes,
Con gran desdén, rendirle esos honores;
Y ciñendo sus armas fulgurantes,
Entre confusos bélicos clamores,
Contra la esposa augusta conspiraron;
Y contra el mismo Esposo,
Hijo único del Padre poderoso,
Sus tumultuosas armas empuñaron.
Mas es fama también, á ésta contraria,
Que tan sublime arcano
Siempre á los inmortales escondióse;

Y que ninguno conocerlo pudo
Cuando en tumulto insano
El escuadrón rebelde levantóse
Pronto á mezclarse en un combate rudo;
Y cuando al golpe horrendo
Del rayo cayó al Tártaro tremendo.
Y ésta más se avecina
De la verdad al foco, pues la ampara
La infalible escritura, voz divina:
Que afirma que este arcano se encerrara
Siglos muchos de Dios en la gran mente,
Ignorado de todos altamente.
Mas los padres, no obstante
Que á su mísera estirpe derribaron
Con herida tan grave en grave ruina;
Un rayo columbraron
De esta amable esperanza peregrina,
Cuando con abundante
Llanto su crímen tan enorme expiaron,
Y la gran desventura,
La triste muerte dura
En que á su hija imprudentes sepultaron.
Y aquesta misma espléndida esperanza
De nueva vida que alentaba el pecho
De nuestros padres; repetidas veces
Confirmada les fué, y en lontananza,
De los vates el coro, en armonía,
De sus plectros al són, esta nutría;
Y los muchos portentos y señales
Y emblemas y figuras
De variados aspectos y colores:
Y aquello, aún que suceder debía
A través de los siglos voladores;
Como cosas presentes y hechos reales
Los oráculos todos anunciaban,
Y pintar lo pasado semejaban.
Así pues que esta nueva divulgose,
Y fué cundiendo por el orbe entero;
De la estrellada bóveda mandóse
Alado paraninfo, que ligero
Bajó cual mensajero:
Y sin tardanza alguna, ya el Esposo
Deja los estrellados pabellones,
Y en el virgíneo tálamo oloroso
Halla dulces mansiones,

Dulces delicias halla; y reclinado,
Con vínculo castísimo, amoroso,
A la divina Esposa hubo estrechado,
Y con amor inmenso vinculado.
Los brazos le echa al cuello; fuertemente
Con amplexo suavísimo la oprime,
Y la ata con coyunda indisoluble,
Y murmura en su oído blandamente
Dulcísimos requiebros en que exprime
De ese su amor purísimo la esencia;
Y lo más tierno y suave
Que el lábio humano sabe,
Repítele mil veces con vehemencia,
Todo en ella embebido;
Y entónale al oído,
En dulcísima plácida cadencia,
Aquel himno armonioso
Que en verso misterioso
Salomón sapientísimo hubo incluido.
"Cuán bella eres, cuán bella, esposa mía,
Eres toda hermosura,
Blanca paloma mía;
Todo mi encanto tú eres y dulzura;
Son de púrpura y rosa tus mejillas;
Tus lábios una cinta de escarlata;
Simétricos y blancos son tus dientes,
Blancos cual las sencillas
Ovejas que en las ondas transparentes,
En que el límpido cielo se retrata,
Lavado han sus vellones.
Miel la más dulce mana de tu boca,
Leche destilan tus rosados lábios;
É impregnas del ambiente las regiones,
De incienso y de suavísima ambrosía
Con los vestidos que tu cuerpo toca;
Nada que tú más suave el huerto cría:
A la palma remeda tu estatura;
Campea tu noble cuello
Y desafía en blancura
Un torreón de marfil; con un destello
Unico de tus ojos, dulce, amable,
Con un solo cabello me has herido:
Con herida profunda, inmedicable,
Y has por mitad mi corazón partido,
Tus miradas dirige hácia otro lado,

Pues me arrastran en pos enagenado;
Así el divino Esposo
A la esposa le brinda mil caricias,
Imitando el estilo y voz humana,
Y su esposa la llama y sus delicias
Una y mil veces, y su tierna hermana.
Tanto el divino Esposo asemejarse
Quiso á su Esposa pura,
Y en sí mismo copiar nuestra natura.
Nuestros eran sus ojos
Sus manos y su boca; en sí llevaba
Nuestros humanos frágiles despojos
De ellos todo cubierto enteramente,
El gran Dios inmortal: el Invisible
Pudo de esta manera sorprendente
Hacerse á los mortales ya sensible,
Y ser de ellos tocado,
Y expuesto estar al frío
Y á todos los rigores del estío,
Y rendido sentirse y fatigado
Y pedirle á la fuente refrigerio,
Y á guisa del mortal, el duro imperío
Sentir de hambre importuna,
Y sus ojos cerrar al blando sueño:
Y finalmente, para que ninguna
Semejanza mortal en sí faltara;
Quiso que de la muerte el fiero ceño
Con su hoz, aguda tanto, cercenara
Los hilos de su vida.
Del cuerpo quedó el alma dividida:
Pero romper no pudo
La misma muerte, armada de pujanza,
Los vínculos nupciales del Esposo,
Y el fuerte estrecho nudo
Del castísimo amor, de eterna alianza.
Quedó intacto ese vínculo amoroso
Que más fuerte apretóse. Qué insufrible
Del Esposo á la Esposa separarse;
Ni de la muerte al golpe irresistible
Pudo de sus caricias arrancarse.
Mas no porque debía ya á su palacio;
A su alcázar eterno devolverse,
Pudo algún intervalo interponerse
De tiempo, ó bien de espacio
Entre su esposa amante.

Mas le manda qne en pos siga sus huellas:
Ella con igual pompa se remonta
Más allá del empíreo fulgurante
Del sol y las estrellas;
Y en los áureos querubes apoyada,
Y á la diestra sentada
Del Padre Omnipotente;
Del mismo real esposo
Ocupa el áureo trono esplendoroso
Como reina magnífica ataviada,
Y empuña el mismo cetro eternamente.
Tú tambien, Santa Sión, la vestidura
Toma de esposa, y las nupciales galas:
De la Fé santa con las fuertes alas,
También tú á ser su esposa te encumbraste.
Lejos el llanto, léjos la amargura;
Los nublados disipa de tristeza;
Esa tu ebúrnea frente
Levanta con nobleza,
Y los duros aherrojos que llevaste,
Sacude de tu cuello finalmente:
Alzate victoriosa,
Despierta de esa noche tenebrosa.
Han sobre tí brillado
Del Señor los magníficos fulgores
Que toda ya de luz te han circundado.
Ya marcha hácia adelante;
Y puedan al instante
Reyes y pueblos todos de la esfera
Seguir en pos tu senda rutilante.
Extiende tu mirada
En todo el derredor; mira reunidos
En grande muchedumbre aglomerada
A los pueblos de todas las regiones.
Han sido acá traidos
A tí como á su madre á venerarte;
Esta es tu misma prole; tú llamada
Madre serás de todas las naciones.
Al júbilo ya puedes entregarte
Al goce y alegría;
Tú que infecunda, estéril, tu sombría
Casa verías gemir en abandono.
Mas hora de una estirpe numerosa
Eres madre amorosa,
Que del mismo Jehová hasta el alto trono,

Ante sus mismas plantas
Conduces á millares de almas santas.
Numerarse podrían más fácilmente
Los astros que en un cielo de zafiro
Cintilan mansamente
De noche oscura recamando el velo,
Que los santos sin número que miro
Penetrar en gran pompa al alto cielo.
¿Quiénes son estos ínclitos campeones
En número de doce, que conducen
Inmensos escuadrones?
Alas talares en sus piés relucen,
Y vencen en su rápida carrera
A las nubes y al viento
Y al rápido relámpago violento,
Y esa su voz resuena por la esfera,
Y es por su eco vencido
Del mismo trueno el hórrido estallido.
Miro después en coros incontables
Los magnánimos héroes que atrás vienen,
Sus frentes venerables
De gloriosos laureles coronadas,
Y sus manos sostienen
Palmas de noble triunfo ensangrentadas;
Y aquellos instrumentos
Horríficos, sangrientos,
Que en girones sus cuerpos destrozaron,
Por lo que ellos gran nombre coquistanron.
Sigue después falange numerosa,
Que ellos de la grey los mayorales;
Delante marchan ellos,
La áurea virtud por báculo llevando,
Y á su grey van solícitos guiando
A los eternos pastos celestiales.
El almo coro sigue
De Sacerdotes; éstos juntamente
De pastores el cargo desempeñan
Y á los pueblos enseñan,
Y los místicos dones largamente
Les brindan del Esposo,
Y queman el incienso redolente,
E himnos cantan al Todopoderoso.
De estos en compañía
Vienen los que en su diestra, rutilante
Antorcha en alto ostentan,

Cuyos rayos ahuyentan
Las sombras de la noche dominante,
Y á los errantes sírvenles de guía
Por la senda escarpada
Que conduce á la bóveda estrellada,
Y claman al que de ella se desvía.
Pero un mayor concurso se aglomera,
Más se engruesan los santos escuadrones;
Nuevo ejército sigue: se creyera
Que esta falange vive
No en la terrestre esfera,
Mas del cielo en las fúlgidas mansiones:
Tanto desprecian lo caduco todo,
Y tan solo de Dios á las mansiones
En admirable modo
Elévanse en su vuelo
Y se remontan hasta el alto cielo.
Mas ¡cuán diversos son, cuán sorprendentes
Los trámites que siguen Peñascales
Estos habitan ó antros cavernosos,
O los oscuros montes y encinales:
Aquellos en ciudades florecientes
Desprecian los bramidos
De un tempestuoso mundo;
Y algunos de real púrpura vestidos,
Llevan cetro y diadema:
Mas de su corazón en lo profundo,
Ven con desdén este mezquino emblema,
Y á sí mismos, sin tregua, sin sosiego
Han jurado una guerra encarnizada;
Y ardiendo en santo fuego,
Cargan siempre la cruz de ellos amada,
Y forma sus delicias
Porque fué del Esposo las caricias.
¡Oh! cuán llenos de gracia y hermosura
Los coros virginales
Avanzan con mesura
Llenos de luz y joyas inmortales.
Con la carne campaña vigorosa
Indómita sostienen;
Y triunfantes luchando se mantienen,
Y enlazan con la palma victoriosa
La azucena olorosa,
Que les ciñe la frente y atavía,
Exhalando suavísima ambrosía

En que las impregnado
Del Esposo el cabello perfumado;
Pues en su compañía
Marchan inseparables
Rebosando en delicias inefables.
Siguen de éstas en pos, matronas graves
Que los fueros nupciales conservaron
Intactos, y guardaron
Del tálamo vacío las fieles llaves
En la santa viudez inmaculada.
Los dulcísimos pábulos del cielo
Gustan asiduamente,
Y allí toda su mente
Tienen de esas delicias embriagada
Sin que nada les mueva de este suelo,
Cifran toda su gloria y su ventura,
En verse por doquiera
Rodeadas de una turba lastimera
Que gime en la miseria é inopia dura;
Y el dulce oficio amable
Prestan siempre de madre al miserable.
Llegan después aquellas que sintieron
De un ciego torpe amor los aguijones,
Y en sus redes astutas se envolvieron:
Mas con valor rompieron
Esos infames grillos y prisiones;
Y tan nefanda peste rechazando,
Y á sí mismas sin tasa castigando,
Reos y verdugos de sus culpas fueron,
Y en raudales de llanto sin medida
Esa llama impetuosa fué extinguida.
¡Oh! cuán casto es el fuego, que arde ahora
Dentro su pecho; ¡oh! cómo lo enrojece
Esa divina llama abrasadora.
Toda esta prole ya te pertenece,
Puedes de todos madre reputarte;
Y más y más tu gran familia crece:
Pero en contarla vano es afanarte.
Dilata cuanto puedas,
De la esperanza los fecundos senos;
Los romperá no obstante
El goce y alegría,
Que mucho más allá de lo que esperas,
Inundará tu casto pecho amante
Creciendo de improviso cada día.

Pues verás que de un mundo muy distante,
De incógnitas regiones apartadas,
Y por el vasto océano separadas
[Que de un sol ardoroso, calcinante
Creíanse abrasadas
E inhabitables por la humana gente;
Tórrida zona ardiente
Por esto entonces sin razón llamadas]
A tí vendrán los pueblos á millares
Con paso presuroso,
El abrigo buscando de tus lares;
Y la plata y el oro esplendoroso
Harán rodar ante tus nobles plantas,
Y llenos de placer y de alegría,
Todos te aclamarán madre á porfía.
Ya cualquiera que á Dios tenga por padre,
A tí en igual manera
Siempre tendrá por madre;
Y cuál párvulo tierno, él en tu seno
Chupará de tu pecho el dulce néctar,
Y apartarlo de allí nadie pudiera.
Pues mira con desprecio, de horror lleno,
El jugo adulterino,
Tósigo viperino
Con que una infame meretriz astuta
Intenta amamantarlo,
Forcejeando, tus hijos por quitarte:
Y el que esta gran rival ocultamente
Haya por fin logrado arrebatarte,
Será víctima triste eternamente.
Como el Arca de Noe, tú la esperanza,
Unica eres del hombre miserable;
En todo el rededor con gran pujanza,
Sin límite extendido,
Brama el piélago inmenso enfurecido;
Todo amenaza muerte irremediable,
Del encumbrado Olimpo esplendoroso
El gran cetro y las llaves te ha confiado
Tu mismo real Esposo,
Y facultad omnímoda te ha dado
Para que esas sus puertas de diamante,
Defendidas por fuertes cerraduras
Antes para el mortal; en adelante
Sean por tí únicamente franquëadas,
O de nuevo, á tu arbitrio, estén cerradas.

Gózate, ínclita Sion, goza altamente,
Madre, Esposa divina: siempre al lado
Vivirás de tu Esposo inmaculado,
Reinarás en su trono eternamente,
Sin que nunca apartarse
Pueda, ó de tí ausentarse,
Mientras rueden los astros por la esfera,
Mientras sigan su rápida carrera.

CANTO XX.

LA VIRTUD DE LO ALTO.

PERMANECED EN LA CIUDAD, HASTA QUE OS REVISTAIS DE LA VIRTUD DE LO ALTO

Luc. v. 49.

Después que Cristo en una nube de oro,
Habiendo de la muerte ya triunfado,
Subió lleno de pompa y de decoro,
Sobre el monte olívifero elevado
A su estrellado alcazar rutilante:
Los discípulos todos, no pudiendo
Con los ojos seguirlo hacía adelante,
Pues se estaba una nube interponiendo;
A su pesar hacía Salén volvían
Con paso lento, llenos de amargura;
Y así á un nuncio celeste obedecían
Que cortó su mirar fijo en la altura:
Como la augusta reina de las aves
Cuando sobre las nubes alza el vuelo,
Y en el nido hecho de sus plumas suaves
A sus polluelos deja sin recelo;
Estos aún implumes, largamente
Con inquieto pipiar el cuello estiran;
Y siguen á su madre tenazmente
Con la vista, y tristísimos la miran.

Todos tienen un mismo pensamiento;
Bajo un humilde techo, noche y día,
Del torbellino mundanal exento,
Se encontraban en plácida armonía;
Y las gratas promesas recordaban,
Que antes de remontarse á la alta esfera,
[E indelebles en su alma conservaban]
El divino Maestro les hiciera.
Y esos grandiosos dones inefables
Espereban unánimes y ansiosos,
Y doblaban sus preces incansables,
Exhalando suspiros ardorosos:
Ven ¡oh! alta Virtud, Aura creadora,
Aura divina ven. Y ya bizarro
Diez veces el lucero de la aurora
Había marchado ante el purpúreo carro:
Y el sol más bello entonces y esplendente,
En un cielo tersísimo lucía:
Cuando cimbrase todo de repente;
Despedazarse el mundo parecía.
Resuena en derredor hórrido estruendo;
Como cuando se chocan en los mares
Boreas y el Noto, de furor mugiendo,
Y van á herir los robles seculares.
Tiemblan los santos muros sacudidos;
El cielo desquiciarse se creyera,
Y rodar en fragmentos confundidos:
Algo grande bajaba de la esfera.
Ya del empíreo fúlgido desciende
Omnipotente Amor, Aura fecunda
El Vigor mismo que la fuerza enciende,
Y en su vigor al Universo inunda,
Jehová Dios mismo; al Padre sempiterno
A al Verbo igual en todo, mutua llama
De ambos, Amor recíproco, coeterno,
A quien igual en majestad se aclama;
Espíritu creador, que siete dones
Ricos imparte. Vióse raudamente
Bajar de las olímpicas regiones
Lluvia de fuego, ignívono torrente,
Que con ímpetu, en medio del estruendo,
En multípices lenguas se derrama,
Y sobre aquellos doce descendiendo,
En sus cabellos deja innocua llama
Y en entrañas y médulas se mina,

Y todos las abrasa por doquiera;
Y fuerza oculta, insólita, divina
De los miembros y el alma se apodera.
Y aquellos que al moverse de una hoja
Poco ha se estremecían y aún el acento
De una sierva causábales congoja:
Llenos de un Dios, ya desde aquel momento
Desafían las espadas y la muerte,
Huellan al mundo todo, y con sonora
Roca, con pecho inquebrantable y fuerte
Confiesan y pregonan sin demora
Al Maestro divino victorioso
Ya de la muerte: en fuego se han trocado;
Su pecho arroja incendio impetüoso,
Y todo á su contacto es abrasado.
Ya no es mortal su voz; su acento truena
Con divino vigor, toda su mente
Su pecho todo un Dios inmenso llena,
Y está atizando aquella hoguera ardiente.
Jeruzalén entonces celebraba
Las fiestas solemnísimas anuales,
Y un inmenso concurso se agolpaba
Por las calles y plazas y arrabales:
Pues del ansia de ver aguijoneado,
A la santa ciudad raudo afluyera
De todo el gran país que el estrellado
Manto cobija de la azul esfera.
De Israël el gran pueblo numeroso
Se hallaba allí, que el litoral dejara
Del mar, y aquellos que el Jordán undoso
De sus riberas fértiles mandara.
Los que el Hermonio [1] y el Tabor habitan,
Yel Líbano de cedros corpulentos,
Y los Partos feroces que ejercitan
Sus flechas, siempre en saetar violentos.
Y los Persas y Medos, dueños antes
Del mundo, por su brazo conquistado;
Aquellos por su Arbáces arrogantes,
Aquestos por su Ciro renombrado.
Júntanse á éstos los que el agua liban
Del Tigris y el Eufrátes caudalosos,
Y los campos solícitos cultivan,
Que se extienden entre ambos espaciosos,
Do la bárbara mole gigantesca

1 Monte de Palestina, lo mismo que el Tabor y el Líbano.

Se vió hasta las estrellas elevarse,
Que osando al cielo desafiar grotesca,
Vino con grande ruina á desplomarse;
Y oprimió en su caída tristemeute
Del humano lenguaje la armonía,
E introdujo mil lenguas de repente
Que ántes labio ninguno conocía.
Allí se encuentran en reunión extraña
Los que el Iris [1] hinchado y belicoso
El Termodonte riega, y los que baña
El Sangario y Caíco bullicioso.
Los que habitan las fértiles praderas
Que circunda el Meándro en sus rodeos,
Volviéndose á escuchar en sus riberas
De sus nevados cisnes los gorjeos.
Y aquellos, oh Panfilia, [2] cuyo acero
Se ceba en tus florestas perfumadas,
De donde el Tauro rígido y austero
Empieza á abrir sus frentes enriscadas;
Y sus brazos gigantes ensanchando,
Reta á los montes, reta al mismo cielo.
Allí también un gran tropel formando,
Se hallan los habitantes de aquel suelo
Que jamás por el rayo se estremece,
Ni le es lluvia ó pedrisco conocido,
Ni por tristes nublados se enlutece,
Ni oye de tempestades el mugido.
Pues siempre bajo un cielo despejado
Viven sus industriosos moradores,
Contentos con su Nilo agigantado
Y con sus aluviones bienhechores.
Y aquellos cuyo arado ya domaba
Los campos do sus torres victoriosas
La vencida Cartago antes mostraba,
Y hora apenas son son ya pajizas chozas.
Y los que Creta [3] pingüe, exhuberante

1 *Iris*, río del Asía menor (hoy Turquia asiática) que nace en la Capadocia, desemboca en el Ponto-Euxino entre el Halys y el Termodonte; este último es célebre por las Amazonas que en esas márgenes vivieron. El Sangario y Caíco son tambien rios de la Asia menor, como tambien el Meandro, celebrado por su turtuosa corriente, en cuyas orillas se creaban los cisnes.

2 Provincia del Asia menor, entre la Lidia y la Caria, célebre por sus rios y bosques; la cruza la cordillera del Tauro, en gran parte compuesta de masas escarpadas, y bosques dilatados, cortados en todas direcciones por gargantas y desfiladeros.

3 Creta, la isla principal del mar Mediterràneo, donde la mitología puso

Sustenta y nutre, patria esclarecida
Del inflexible y crudo Radamante,
Y por sus cien ciudades distinguida.
Y los Romanos fuertes grandemente,
De la tierra y del mar sacudidores;
Los pintados Sabeos, [1] y finalmente
De Cirene [2] los pobres moradores.
Todos de hábito, idiomas y costumbres
Distintos; mas apenas resonaron
De aquellos doce entre esas muchedumbres
Las voces que magníficas vibraron.
Esa voz misma y ese mismo acento,
Aunque no el mismo ya, ¡cosa admirable!
En otras tantas lenguas, al momento,
Trocábase á la vez inimitable;
Cuantos eran aquellos cuyo oído
Había herido aquel eco misterioso:
Como el dulce instrumento conocido,
Que en los templos resuena melodioso;
Y de cien tubos de metal constando,
Todos distintos, desiguales todos:
Tantos dulces sonidos va mezclando
Y tantas notas en acordes modos;
Cuantas son las diversas incisiones
Y las sonoras cánulas que el viento
Hiere, rompiendo en fuertes vibraciones
Que un suave forman singular concento.
A cada quien oir le parecía
Que en su idioma nativo ellos hablaba,
Y una turba sin fin los envolvía,
Y con gran pasmo todos escuchaban.
Y ya rendíale á Cristo sus honores
Gran número de aquella muchedumbre;
Al que há poco entre infames malhechores
Clavado habían en la sangrienta cumbre.
"Con quien nosotros mismos, ya triunfante,
Afirmaban los doce, ya domado
El furor de la muerte, y un brillante
Trofeo al Averno habiéndole arrancado;
Comimos y bebimos:" y estas voces

la cuna de Júpiter. Radamente fue su gran legislador, tan equitativo y, rígido en hacer justicia, que, según la Mitología, después de muerto, lo hicieron los dioses juez en el infierno, junto con Mnios y Eaco.

1 Pueblos de la Arabia feliz.

2 Ciudad en Africa, capital de la antigua Cirenaica; fue un tiempo ciudad de mucho tráfico; pero en esa epoca estaba ya casi en decadencia.

Semejantes del trueno al estallido,
Iban cundiendo rápidas, veloces,
Y hacía eco en todo el mundo su sonido.
Desde entónces ¡oh Espíritu ferviente!
Tú inspirando de lo alto, y fomentando
Ese fecundo soplo omnipotente,
La augusta religión se fué formando;
Y en tus rápidas áuras transportada,
Cobró vigor y dominó la esfera.
Por eso con la mirra perfumada
Y el incienso doquier se te venera:
Y tus castos ministros diariamente
Cánticos y loores te entonamos,
En medio de tu pueblo reverente,
Y con nuestras palabras te invocamos.
Hora también desciende, te lo ruego,
Y al mundo en el delito envejecido,
Quema y consume con tu sacro fuego,
Y abrasa nuestro pecho empedernido.
Restaura tu obra misma, robustece
El gérmen que en nuestra alma tú has sembrado:
¿Qué no ves con qué saña se escarnece
La augusta religión por el malvado?
¿No oyes su risa cínica, proterva?
Ven ¡oh! desciende: caigan tus furores
Sobre esa audáz estólida caterva;
Calcínenlos tus rayos vengadores.
O más bien, pues no quieres nuestra ruina,
De tu fulgor derrama los destellos,
Y tu vital los bañe luz divina,
Y á guisa de rocío baja sobre ellos;
Y en tu grande bondad y mansedumbre,
Abreles de la vida el real sendero,
Y el férreo pecho de esa muchedumbre
Cámbialo en apacible y placentero.
A mí también, pues eres tan clemente,
Envíame desde lo alto tu rocío;
Todo me inflame ese tu fuego ardiente,
Y todo se estremezca el pecho mio.

CANTO XXI[1]

EL TRIUNFO DE LA RELIGION

LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERAN CONTRA ELLA

Matth, 16 v. 18.

Nacida apenas, trágica rüina,
Triste fin desastroso amenazaba
La Religión que Cristo estableciera.
Parecía que jamás sus estandartes
Flotarían á la faz de las naciones,
Y que nunca sus reales dilatara.
Pues viene ella á imponer incomprensibles
Inauditos misterios, grandemente
Inaccesibles al mas alto ingenio.
Ella enseña que el Padre y su Progenie,
Y el adorable Espíritu, á quien ambos
Del mutuo amor espiran por la llama,
Son tres personas, mas un Dios tan solo.
Clama que el Unigénito del Padre
Se hizo hombre, y que nació de intacta Virgen
Y que Él, inmune de coacción violenta,
Quiso sacrificarse por el hombre,
Y á una muerte, afrentosa, cual ninguna
Y sin igual amarga sujetarse.
Mas después, del negro Erébo triunfante,
Ya pisoteada la vencida muerte;
Subió lleno de vida con gran pompa,
Del empíreo al alcazar encumbrado;
Y en su divino trono refulgente
A la diestra del Padre el cetro empuña.

1 En este canto principalmente, no se pretenda encontrar un hermoso trabajo poético. El Autor, siguiendo su plan, se propuso más bien escribir una breve pero elocuente apología de la Religión, aunque parece por otra parte que el presente Canto no está muy en armonía con el tono dominante de la obra en general: pero ya se hecha de ver cuál fué la mente del Poeta.
Agiólogo.